



El Siervo de Dios **JOSEMARÍA**
ESCRIVÁ DE BALAGUER
Fundador del Opus Dei

VICEPOSTULACION DEL OPUS DEI EN ESPAÑA. Diego de León, 14. Madrid-6

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica

Depósito Legal M. 1107
ASTV61. Cádiz
Papel: Torres Balaguer

HOJA INFORMATIVA Nº3. MADRID.

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España) el 9 de enero de 1902. Cursó el bachillerato en Barbastro y Logroño, y los estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Zaragoza, donde consiguió la licenciatura en Sagrada Teología. Más tarde, en Roma, obtendría el grado de Doctor.

Cursó la carrera de Derecho civil en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró luego en la Universidad de Madrid. En 1960 recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras, por la Universidad de Zaragoza. Fue el primer Gran Canciller de las Universidades de Navarra, en España, y de Piura, en Perú.

Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925, inició su labor pastoral en parroquias rurales y, desde 1927, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas y de los hospitales de Madrid. Algunos años más tarde fue nombrado Rector del Real Patronato de Santa Isabel, también en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1946, cuando trasladó su residencia a Roma.

Fue Consultor de diversas Comisiones Pontificias y Congregaciones de la Santa Sede, Prelado Doméstico de Su Santidad y Miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, había fundado el Opus Dei, camino de santificación en medio del mundo y fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Mons. Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950.

Con oración y penitencia constantes, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de 47 años. Cuando su Fundador rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco Continentes, y contaba más de 60.000 socios de 80 nacionalidades.

La Santa Misa era la raíz y el centro de la vida interior del Fundador del Opus Dei. El hondo sentido de su filiación divina le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Mons. Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei.

Portada: Mons. Escrivá de Balaguer hablando de Dios, en el teatro Coliseo de Buenos Aires, el 23 de junio de 1974, durante su catequesis en Argentina.

Buscando a Dios en el trabajo ordinario

El ejemplo de Mons. Josemaría Escrivá,
en un artículo del Cardenal Luciani

*Un mes antes de ser elevado
a la Cátedra de San Pedro
con el nombre de Juan Pablo I,
el Patriarca de Venecia publicó un artículo
en Il Gazzettino (25-VII-78)
sobre el espíritu y el ejemplo del Siervo
de Dios Josemaría Escrivá.
En veneración y como recuerdo
del difunto Romano Pontífice, ofrecemos
unos pasajes de este escrito:*

En 1941, al español Víctor García Hoz le dijo el sacerdote después de confesarse: **Dios te llama por caminos de contemplación.** Se quedó desconcertado. Siempre había oído que la *contemplación* era asunto de los santos destinados a la vida mística, y que solamente la lograban unos pocos elegidos, gentes que, por lo demás, se apartaban del mundo. *En cambio, yo —escribe García Hoz—, en aquellos años ya estaba casado, tenía dos o tres hijos y la esperanza —confirmada después— de tener más, y trabajaba para sacar adelante a mi familia.*

¿Quién era aquel confesor revolucionario, que se saltaba a cuerpo limpio las barreras tradicionales, proponiendo metas místicas incluso a los casados? Era Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote español, fallecido en Roma en 1975, a los 73 años. Es conocido, sobre todo, por ser el Fundador del Opus Dei. (...) Lo que en realidad son y hacen los socios del Opus Dei lo ha dicho su mismo Fundador:

Son —declaraba en 1967—: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo (...); y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus con-

ciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares.

Con palabras más sencillas: las **realidades vulgares** son el trabajo que nos corresponde hacer todos los días; los **brillos divinos que reverberan** son la vida santa que hemos de llevar. Escrivá de Balaguer, con el Evangelio, ha dicho constantemente: Cristo no quiere de nosotros solamente un poco de santidad, sino mucha santidad. Pero quiere que lo consigamos no a través de acciones extraordinarias, sino con acciones comunes: lo que no debe ser común es el modo de realizar esas acciones. En mitad de la calle, en la oficina, en la fábrica, nos hacemos santos, pero con la condición de cumplir el propio deber con competencia, por amor de Dios y alegremente, de modo que el trabajo diario no sea la *tragedia diaria*, sino la *sonrisa diaria*.



Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.

(Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 113)

Cosas semejantes había enseñado San Francisco de Sales hacía más de trescientos años. (...) Sin embargo, en algunos aspectos, Escrivá supera a Francisco de Sales. También éste proponía la santidad para todos, pero parece que enseña solamente una *espiritualidad de los laicos*, mientras que Escrivá ofrece una *espiritualidad laical*. Es decir, Francisco sugiere casi siempre a los laicos los mismos medios utilizados por los religiosos, con las oportunas adaptaciones. Escrivá es más radical: habla incluso de **materializar** —en el buen sentido— la santificación. Para él, lo que debe transformarse en oración y santidad es el trabajo material mismo.

El legendario Barón de Münchhausen contaba la fábula de una liebre *monstruosa*, con dos grupos de patas: cuatro debajo de la tripa y cuatro sobre el lomo. Perseguida por los perros y sintiéndose casi alcanzada, se daba la vuelta y seguía corriendo con las patas de refresco. Para el Fundador del Opus Dei, es un *monstruo* la vida de los cristianos que pretenden tener dos grupos de acciones: uno hecho de oraciones, para Dios; otro hecho de trabajo, diversiones y vida familiar, para sí mismos. No —dice Escrivá—, la vida es única y hay que santificarla en su conjunto. Por eso habla de *espiritualidad materializada*. (...)

El trabajo —decía—, ¿cómo puede ser *de Dios* si está mal hecho, con prisas y sin competencia? ¿Cómo puede ser santo un albañil, un arquitecto, un médico, un profesor, si no es también, en la medida de sus posibilidades, un buen albañil, un buen arquitecto, un buen médico o un buen profesor? En la misma línea había escrito Gilson en 1949: *nos dicen que ha sido la fe la que ha construido las catedrales en la Edad Media; de acuerdo..., pero también la geometría*. Fe y geometría, fe y trabajo realizado con competencia, para Escrivá van del brazo: son las dos alas de la santidad.

Hacedlo todo por Amor. —Así no hay cosas pequeñas: todo es grande.—La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo.

(Camino, n. 813)

Sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora.—Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras que te disponen a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda— con que sueñas.

(Camino, n. 825)

Sacerdote en los hospitales de Madrid

En 1931, don Josemaría Escrivá de Balaguer —a quien el Señor había confiado la semilla de una misión universal, tres años antes— era un sacerdote que no tenía cumplidos aún los treinta años.

En el mes de septiembre le rogaron que se encargara de la capellanía de las monjas Agustinas Recoletas del Patronato Real de Santa Isabel, del que sería Rector un poco más tarde. El nuevo cargo pastoral le permitía disponer de más tiempo para dedicarse con intensidad a su vocación específica, al cumplimiento de esa voluntad de Dios que Mons. Escrivá de Balaguer definía así, para sus hijos: **hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei.**

Desde hace casi un lustro, hay ya varios grupos de personas, de todos los ambientes del Madrid de entonces, que se reúnen a su alrededor: no son quizá muchos en número, pero constituyen ese comienzo del que hablará don Josemaría en *Camino*: **No juzgues por la pequeñez de los comienzos: una vez me hicieron notar que no se distinguen por el tamaño las simientes que darán hierbas anuales de las que van a producir árboles centenarios** (*Camino*, n. 820).

Aquellos universitarios, empleados y obreros van adquiriendo conciencia de

sus responsabilidades cristianas: tienen que ser *sal y luz* en el sitio donde Dios los quiere, en donde se desenvuelve su vida y su trabajo.

Se enteró don Josemaría del estado en que se encontraba el Hospital General. Era un inmenso edificio situado en la misma calle de la iglesia de Santa Isabel. El Siervo de Dios, que había consumido muchas jornadas en la atención de enfermos desamparados, vio enseguida la posibilidad de prestar alguna ayuda también a los de este Hospital, y consideró además que ese servicio sería un gran medio de formación para los muchachos que le rodeaban. Aspiraba a que las almas de todos los que estaban a su alrededor profundizasen en las verdades fundamentales de la fe. No quería que se quedasen en una afirmación teórica de los valores cristianos, sino que entendieran el sentido sobrenatural de la vida real, concreta, con sus dolores y con sus alegrías. Por propia y larga experiencia, sabía cuánto ayuda a descubrir la realidad profunda de cada cosa o acontecimiento el contacto con la enfermedad y con el dolor: este contacto con el sufrimiento abre paso en el alma al olvido de sí misma, a percibir con fuerza la grandeza de los ideales cristianos, y estimula a la entrega generosa a los demás.



Fachada del antiguo Hospital General de Madrid, en los años treinta. Se divisa al fondo la iglesia del Patronato de Santa Isabel, del que fue Rector el Siervo de Dios.

Durante largo tiempo, muchas tardes, estuvo acudiendo al Hospital General con varios grupos de muchachos, de sacerdotes, de artesanos, etc. La labor exigía delicadeza y abnegación. Las salas y las crujiás del Hospital rebotaban de enfermos, en unas condiciones sanitarias que dejaban bastante que desear. Por otra parte, el ambiente era duro y hostil: la escasa formación y la continua propaganda anticatólica hacían que la mayoría de los pacientes viesan al sacerdote —o al simple cristiano— como a un enemigo. Era necesario vencer la desconfianza con cariño y amabilidad, para deshacer los prejuicios y levantar aquellos ánimos, llevándoles un poco de alegría.

En aquellos primeros años del Opus Dei yo iba, con hermanos vuestros, a los hospitales de Madrid y charlábamos con

los enfermos: les hacíamos las camas, les lavábamos los pies, les cortábamos las uñas —perdonad estos detalles—, les peinábamos. Les decíamos palabras de cariño...

Despacio, como saboreando el recuerdo, alguna vez contó: **Recuerdo —de éste puedo hablar, porque ya está en el Cielo hace muchos años— que una persona de una familia conocida, uno de los primeros de aquella época, de los primerísimos años del Opus Dei, pues cogió un vaso de noche —era de un tuberculoso y ¡estaba...!—. Le dije: ¡hala, a limpiarlo! Y después me dio un poco de pena, por aquella cara de asco que había hecho. Fui detrás de él (...), y le vi con una cara maravillosa de cielo, limpiando con toda la mano.**

Teniendo presente esta anécdota, Monseñor Escrivá de Balaguer escribió, como es conocido de muchos, un punto de meditación: **¿Verdad, Señor, que te daba consuelo grande aquella «sutileza» del hombrón-niño que, al sentir el desconcierto que produce obedecer en cosa molesta y de suyo repugnante, te decía bajito: ¡Jesús, que haga buena cara!?** (*Camino*, n. 626).

Otro día, en este mismo Hospital General, le señalaron la cama de un enfermo: *Ese hombre se muere. Ya no hay nada que hacer.* Era un gitano, de rasgos aceitunados, que había recibido una puñalada en una reyerta: **Procuré que nos dejaran solos (...). Dije al gitano unas palabricas y se conmovió. Le advertí también que se moría, y él quiso confesarse. Luego, cuando le di a besar el crucifijo, me decía a gritos, sin que pudiera hacerle callar:**

—*Con esta boca mía podrida no puedo besar al Señor.*

—**¡Pero si le vas a dar un abrazo —le dije— y un beso muy fuerte enseguida, en el Cielo!**

No olvidará Mons. Escrivá de Balaguer esa exclamación del gitano: **¿Habéis visto una manera más hermosamente tremenda de manifestar la contrición? Después, alguna vez lo he dicho también yo, a solas, sin dar voces: con esta boca mía podrida, no puedo besarte, Señor. He aprendido de un gitano moribundo a hacer un acto de contrición.**

Cuando acababan aquellas visitas al Hospital General, don Josemaría Escrivá de Balaguer iba a veces con los muchachos por el paseo del Prado o de Recoletos. En charla tranquila, el Fundador del Opus Dei conseguía que las horas pasadas en las salas del hospital desembocasen, en el interior de aquellas almas, en conclusiones y propósitos que tuviesen influjo real en la vida propia y en la de los que esos muchachos trataban. No concebía el cristianismo sin una caridad viva y operativa, sin estar cerca de la Cruz con heroísmo.

Para don Josemaría, la atención de enfermos no se limitaba a unas horas semanales o a unos centros determinados. En cuanto se informaba de que alguna persona sufría, allí se presentaba para animarla con palabras de consuelo y para prestarle su asistencia sacerdotal.

Años más tarde, en ocasiones, dejaba que su memoria volviese a aquellos momentos entrañables, junto a los enfermos, en los que encontró la fortaleza necesaria en horas difíciles y decisivas. Un día, un universitario le preguntó por el punto 208 de *Camino*: **No me lo sé de memoria, pero hay una frase que dice: bendito sea el dolor, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, glorificado sea el dolor. ¿Te acuerdas? Eso lo escribí en un hospital, a la cabecera de una moribunda a quien acababa de administrar la Extremaunción. ¡Me daba una envidia loca! Aquella mujer había tenido una gran posición económica y**

social en la vida, y estaba allí, en un camastro de un hospital, moribunda y sola, sin más compañía que la que podía hacerle yo en aquel momento, hasta que murió. Y ella repetía, paladeando, ¡feliz!: bendito sea el dolor —tenía todos los dolores morales y todos los dolores físicos—, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, ¡glorificado sea el dolor!

El Hospital de la Princesa era otro centro de beneficencia sanitaria de entonces, situado en la glorieta de San Bernardo. Uno de los médicos internos que trabajaba allí, lo recuerda ahora: «Desde el día en que me presentaron al Padre, lo veía con mucha frecuencia por las mañanas en el Hospital, por los años 1933-34. Iba de sala en sala, hablando con los enfermos, confesaba y daba la Comunión, con un cariño y una simpatía que encantaba al personal sanitario y a los enfermos (...). No temía el contagio, aunque en todas las salas en que entraba había enfermos contagiosos; más de una vez se le avisó del peligro que corría en el trato con los enfermos, y siempre contestaba, con simpatía y sonriente, que él estaba inmunizado a todas las enfermedades».

También frecuentó el Hospital del Rey, que en aquellos años de la segunda República española se llamaba Hospital Nacional. Era posiblemente el hospital más moderno de Madrid, y se dedicaba a enfermos infecciosos. Abundaban las personas aquejadas de tuberculosis, que por entonces era una enfermedad que no tenía remedio. Una Hija de la Caridad guarda en su memoria la imagen de Mons. Escrivá de Balaguer: «Todavía recuerdo con claridad cuando don Josemaría nos hablaba de Dios, aprovechando cualquier cosa (...), y a los enfermos les decía lo mismo (...). Recuerdo a enfermas jóvenes, tuberculosas, que recuperaban incluso la alegría hu-



Hospital del Rey (Madrid), después de su inauguración en 1925.

mana aunque fuesen conscientes de que iban a morir (...). Entiendo que, más tarde, muchas personas hayan comprendido su espíritu y hayan seguido su doctrina en el Opus Dei».

También sor Engracia Echeverría, que entonces era Superiora de la comunidad del Hospital del Rey, ha podido escribir, antes de que Dios la llamase a su presencia, ya muy anciana: «Don Josemaría Escrivá era el alma del grupo de sacerdotes de aquella época. Y se vio siempre que era enormemente apostólico. A mi parecer, un verdadero santo (...). Muy valiente, en aquellos momentos en que hacía falta coraje y prudencia para imponerse a tanta oposición (...). Era muy, muy trabajador (...). Vi, además, que todo su espíritu era atender el alma del enfermo. Que el alma del enfermo no quedase nunca sin ser asistida hasta el final».

El 13 de septiembre de 1933 falleció en el Hospital del Rey María Ignacia G. Escobar, la primera asociada del Opus Dei que el Señor quiso llevarse. En unos pequeños cuadernos se conserva el diario de sus pensamientos. Con el estilo propio de la época, cuenta el testimonio de la oración de aquellas mujeres,

enfermas o desahuciadas, que estaban con ella. Unas veces era una operación en la garganta, otras, la tos o simplemente la falta de apetito, lo que ofrecían por la intención de aquel sacerdote que era **mendigo de oraciones**, porque esa intención, dice textualmente María Ignacia, «necesita oraciones y sacrificios, ahora, mañana y siempre».

Mons. Escrivá de Balaguer aludirá muchas veces a la fortaleza que encontró en aquellos lejanos comienzos del Opus Dei: **Había un sacerdote que tenía 26 años, la gracia de Dios, buen humor y nada más. No poseía virtudes, ni dinero. Y debía hacer el Opus Dei... ¿Y sabes cómo pudo? Por los hospitales. Aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupérrimos, con aquellos tumbados por la crujiá, porque no había camas. Aquel Hospital del Rey, donde no había más que tuberculosos, y entonces la tuberculosis no se curaba... ¡Y ésas fueron las armas para vencer! ¡Y ése fue el tesoro para pagar! ¡Y ésa fue la fuerza para ir adelante! (...)** Y el Señor nos llevó por todo el mundo, y estamos en Europa, en Asia, en África, en América y en Oceanía, gracias a los enfermos, que son un tesoro...

Bajo su impulso espiritual

Con su heroica fidelidad a la Voluntad divina, con oración y mortificación incansables, y poniendo en su empeño un trabajo lleno de esperanza, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer inspiró y dirigió, durante 47 años, el desarrollo apostólico del Opus Dei en todo el mundo.

La tarea principal de la Obra es la formación de sus socios para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en el mundo y en la sociedad.

El apostolado esencial del Opus Dei —en palabras de su Fundador— **es el que desarrolla individualmente cada socio en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, llamada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 71).

Sin embargo, tal como él mismo respondía a la pregunta de un periodista: **Además, el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no están asociadas a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual. Son centros educativos, asistenciales, de promoción y capacitación profesional, etcétera** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 84).

Iremos reseñando aquí, con forzada brevedad, algunas de las muchas obras apostólicas que, con diversas características, según las necesidades del lugar o del momento, han nacido bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei.

Montefalco México

Hace ya bastantes años que visité por primera vez Montefalco, como arquitecto, con objeto de estudiar las posibilidades que ofrecía aquella antigua hacienda, para desarrollar una labor apostólica y social entre los campesinos de la comarca.

Después de recorrer un centenar de kilómetros por carretera asfaltada des-



Mons. Escrivá de Balaguer, en junio de 1970, mientras habla a un grupo de campesinas de la Granja Escuela de Montefalco.



Vista de Montefalco (Jonacatepec. Estado de Morelos. México) en 1967.

de México D.F., cruzamos el valle de Amilpas, en el Estado de Morelos, por un camino de terracería. Me acompañaban varios socios del Opus Dei que, durante el trayecto, comentaban con ilusión el ofrecimiento de una Asociación Civil, *Campo y Deporte*, A. C., propietaria de la finca, para que el Opus Dei se hiciera cargo de la dirección de esa labor apostólica, y el interés de Mons. Escrivá de Balaguer por aceptarlo.

Al llegar a Montefalco, mi impresión fue mayúscula: paredes derruidas, piedras calcinadas..., y todo con unas dimensiones descomunales. Destacaba, en pie, una iglesia que me pareció del tamaño de una catedral.

—Pero, ¿cómo es posible que quieran aceptar esto? ¡Si son sólo ruinas!, fue mi primer comentario.

Me contestaron, recordándome una frase del Fundador del Opus Dei que, entonces, no llegué a comprender en toda su magnitud: **Soñad y os quedaréis cortos.**

* * *

El arquitecto mexicano —ahora socio del Opus Dei— que ha escrito estas líneas no olvidó esa frase, ni la fe con que fue pronunciada: ahora puede comprobar con sus propios ojos que el sueño se quedó corto.

Sin un centavo, con el trabajo de tantos hijos míos que han tenido que luchar y sufrir, con el cariño y la generosidad de muchas personas —son palabras de Mons. Escrivá de Balaguer—, se empezó en 1958, y continuó a lo largo de los años, la reconstrucción de la hacienda. Inmediatamente se organizó el Centro Agropecuario Experimental El Peñón, destinado a la capacitación agrícola de los campesinos, y en 1959 empezaron los cursos.

Por esas mismas fechas, las asociadas del Opus Dei comenzaron también, en otra zona de la finca, separada e independiente, las actividades dirigidas a las mujeres del campo, a través de la Granja Escuela de Montefalco.

Ha pasado el tiempo, y el trabajo se ha ido desarrollando: durante cada curso muchos cientos de muchachos han acudido a los tres años de capacitación en el Centro Agropecuario y a los dos años de enseñanza secundaria. Con la orientación de los profesores, los antiguos alumnos han organizado cooperativas de producción avícola y porcina, de elaboración de alimentos preparados para los animales y, para la comercialización de estos productos, han promovido iniciativas que tienen una vida floreciente.

Al mismo tiempo, desde Montefalco se realiza, a través de círculos y clubs



4 de junio de 1970. Mons. Escrivá de Balaguer en el Centro Agropecuario El Peñón.

juveniles, una amplia tarea de extensión cultural y de formación cristiana que alcanza a quince pueblos del valle de Amilpas.

Por su parte, la Granja Escuela se ha ocupado de las jóvenes campesinas: allí se imparten cursos de formación para el hogar, y han pasado también por sus clases la mayor parte de las muchachas de la zona, y de otros lugares. En los cursos de Telesecundaria han aprendido, junto con conocimientos culturales básicos, medios y sistemas para administrar y aprovechar mejor los recursos familiares, además de recibir una sólida preparación cristiana.

Durante todo el año, y procedentes de muchos lugares del país, personas de las más diversas edades y condiciones asisten a convivencias de estudio y de formación espiritual, en una parte de la hacienda acondicionada para esta tarea.

En junio de 1970, Mons. Escrivá de Balaguer pasó tres días en Montefalco. Habló con los socios del Opus Dei, *platicó* largos ratos con los campesinos

de los contornos y recibió a gentes que vinieron a verle desde muy lejos. Sus palabras quedarán como ánimo constante para esta labor y tantas otras parecidas, que se atienden en todo el mundo.

Mons. Escrivá de Balaguer recorrió, en aquellos días, las zonas de la hacienda aún no reconstruidas y, con palabras llenas de buen humor, dirigió un cariñoso reproche, que era al mismo tiempo la mejor alabanza a los que comenzaron Montefalco:

Montefalco es una locura de amor de Dios. Suelo decir que la pedagogía del Opus Dei se resume en dos afirmaciones: obrar con sentido común y obrar con sentido sobrenatural. En esta casa, don Pedro (el primer Consiliario del Opus Dei en México) y mis hijas e hijos mexicanos, no han obrado más que con sentido sobrenatural. Recibir con alegría un montón de ruinas, más grandes que el palacio de Versalles, humanamente es absurdo... Pero habéis pensado en las almas y habéis hecho realidad una maravilla de amor. Dios os bendiga.

Nos escriben

NO DEMOSTRÓ NINGÚN INTERÉS

Llevé una Hoja informativa a una señora enferma de cáncer, que no practicaba desde hacía muchos años. Cuando vio en la portada un sacerdote no demostró ningún interés. Un día, en un momento de intensos dolores, se incorporó buscando una postura que le produjera algún alivio. A su lado estaba la Hoja informativa y miró la fotografía de la portada, diciendo: «Estoy segura de que puedes ayudarme». Empezó así a rezar, y al poco tiempo desaparecieron aquellos dolores. Desde este momento, comenzó a interesarse por aquel sacerdote y leyó algunos de sus escritos.

Como llevaba bastantes años sin recibir los sacramentos, le pregunté si quería confesarse, pero me contestó que no veía la necesidad. Sabiendo la gravedad de su enfermedad, seguí encomendándola a Monseñor Escrivá de Balaguer para que recibiera el Sacramento de la Penitencia antes de morir.

A los pocos días fue internada en el hospital. Al ir a visitarla, la encontré más contenta y serena. Me dijo que tenía una gran noticia que darme: aquella mañana, un sacerdote había pasado por aquella zona, y lo primero que le preguntó, al verle entrar, fue quién le enviaba. El sacerdote le contestó que nadie: simplemente pasaba por allí. Se confesó, comulgó y recibió la Unción de los enfermos.

A los pocos días murió.

X. X., de Sidney (Australia)

NO PODÍA MORIR SIN CONFESIÓN

Mi tío hacía más de veinte años que no se confesaba. Tenía problemas familiares muy fuertes que le llevaron a la desesperación, y se envenenó.

En cuanto me enteré empecé a pedir a Monseñor Escrivá de Balaguer que se confesara. El veneno le deshizo todo por dentro, y los doctores decían que no entendían cómo podía vivir. Yo sí lo comprendía: no podía morir sin haberse confesado.

Resistió cuatro días, hasta que llegó el momento en que me pidió un sacerdote. Se lo llevamos enseguida, se confesó y recibió la Unción de los enfermos, y murió dos horas después.

F. L. R., de Guadalajara, Jal. (México)

QUISO BAUTIZARSE

Mi marido, que no era católico, tuvo una trombosis cerebral que le paralizó la parte izquierda del cuerpo. Por aquellos días me llegó la Hoja informativa y, animada por los favores que se mencionaban, comencé a pedir la intercesión de Monseñor Escrivá de Balaguer.

Mi marido aprendió a recitar el Avemaría, que rezó muchas veces, sobre todo durante las noches de insomnio, y también rezó otras jaculatorias que repetía conmigo. Me sorprendía mucho porque, hasta entonces, no creía en Dios, y algunos sacerdotes habían tratado de acercarlo a la fe... años atrás, pero sin resultado.

La enfermedad siguió un curso favorable y, después de darle de alta, mi marido seguía rezando, y con frecuencia se le veía con la estampa de don Josemaría Escrivá de Balaguer en la mano. Se lo conté al párroco y me aconsejó que le preguntara si estaría dispuesto a recibir el Bautismo. Durante dos días estuve vacilando, con miedo a que se negara. Recé mucho. Por fin le pregunté y me contestó enseguida: «Sí, quiero bautizarme». Para mí fue muy emocionante.

S. K., de Kioto (Japón)

A MENOS DE UNA HORA DE LA MUERTE

El pasado 23 de diciembre, ingresaba en el hospital mi hermano, gravemente enfermo, con un ataque serio de malaria maligna. Acababa de volver de África. Aquella misma noche me llamó mi madre y comencé a encomendarlo a Monseñor Escrivá de Balaguer.

Fui a verle en la Nochebuena y le encontré muy mal: no me veía y pienso que ni me oía. En la Misa de medianoche recé por él, y mi madre también rezaba la oración para la devoción privada del Padre.

No le volví a ver hasta el 27; le encontré débil, pero muy mejorado. El día 30 había desaparecido ya toda la incoherencia, y hasta se sentaba en la cama y hablaba normalmente. A mí me sorprendió la rapidez de la recuperación.

Mi madre me contó lo mal que lo habían pasado durante el día de Navidad y que después los médicos le habían dicho que, durante aquella noche, mi hermano había estado a menos de una hora de la muerte.

S. M., de Londres (Inglaterra)

ESTABA SALVADO

Me alegra poder comunicarles que nuevamente —y son muchas las veces que me escucha— no he invocado en vano la ayuda de Mons. Josemaría, Fundador del Opus Dei. Por mi trabajo de comadrona, me veo a veces ante casos difíciles. Hace poco estuve en un parto muy complicado. Cuando el niño había nacido por fin, parecía muerto. Intentamos inmediatamente todos los remedios para hacerlo vivir, pero todo resultaba inútil. Bauticé al niño, mientras que la madre lloraba a voz en grito la muerte de su hijo. Comencé a invocar al Siervo de Dios, Mons. Josemaría, y seguí aplicando la respiración artificial. De pronto vi cómo los pulmones se movían un poco, y después de algún tiempo, el niño comenzaba a respirar. ¡Estaba salvado! Nuestra comadrona negra estaba perpleja. Le dije: «He pedido la ayuda de un sacerdote santo, que murió hace poco; éste nos ayudó». Su reacción espontánea fue: «Madre, déme una estampa de este sacerdote para que lo ponga en mi casa y proteja a mis cinco hijos». Sí, nuestros zaireses tienen mucha fe en lo sobrenatural, en Dios.

Gracias al buen Mons. Josemaría, que nos ayudó tan estupendamente.

H. B. V., de Ubandaka (Zaire)

PODER TRABAJAR

Desde hace dos años vengo padeciendo una enfermedad de columna vertebral. Últimamente las molestias se acentuaron y se convirtieron en dolores bastante agudos, especialmente en mi pierna izquierda. Fui sometido a un tratamiento que no me alivió. Por mi profesión de taxista, tenía que utilizar la pierna para conducir, y llegó un momento en que prácticamente no podía cambiar las marchas.

Eran tan fuertes los dolores, que mi mujer y mi hijo pensaban que debía retirarme del trabajo, aun siendo la única fuente de sostenimiento de nuestra vida.

El día 25 de abril, a las dos de la tarde, me encontraba tan mal que tuve que parar el coche para descansar un momento. Entonces leí la Hoja informativa de Monseñor Escrivá de Balaguer, que alguien me había dado. Cuando hube leído varias gracias de las que relatan, decidí pedir a Monseñor Escrivá de Balaguer que me curase. Levanté los ojos y, con gran devoción, dije: «Tú, Padre Escrivá, que, según leo en este libro, el Todopoderoso siempre te escucha, ¿por qué no le pides que se me quite este dolor de la pierna para poder trabajar?».

Entonces sentí de arriba abajo una especie de calambre u hormigueo suave que me descendía, y moví la pierna y comprobé que no me dolía. Me bajé del coche, haciendo toda clase de pruebas sin notar ya la menor molestia. Hice varios servicios en el taxi, para terminar de comprobar que me encontraba bien. Fui al médico, y me aconsejó que esperara unos días para cerciorarme de la mejoría. Lo hice así y, como continuó sin dolor, el médico me dijo que podía redactar esta noticia, como lo hago.

M. Ch., de Madrid (España)

EL TERCER FAVOR

El tercer favor que he recibido de Dios por la intercesión de Monseñor Escrivá de Balaguer es el siguiente:

Mi padre tuvo que dejar el trabajo porque tenía grandes vértigos. El médico nos dijo que había que hospitalizarlo porque tenía un tumor cerebral. Después de unos días en el hospital, lo trasladaron a un Instituto neurológico, donde sufrió exámenes médicos hasta que le hicieron una biopsia en la parte alta de la espalda, donde creían que estaba el origen del tumor.

Durante este tiempo nosotros rezábamos al Fundador del Opus Dei. Él también rezaba y se abandonaba a la voluntad de Dios.

Después de todas las pruebas, el neurólogo nos dio el resultado: «No hay tumor, no hay cáncer».

Hemos ya hecho una novena en acción de gracias por habérsenos concedido tan gran favor. Mi madre ha repartido muchas estampas, y todos le hablan de lo bien escrita que está la oración y cómo les anima. Mis dos hermanas pequeñas no se quieren dormir nunca sin haberla recitado.

D. D., de Montreal, P. Q. (Canadá)

CONTRA TODA LÓGICA

El Jueves Santo pasado, alguien me contó que una amiga suya llevaba dos años sin confesarse, porque le parecía que no era necesario: era suficiente pedir perdón internamente a Dios. Me decía que comulgaba en esta situación, y que no había forma de convencerla a cambiar de criterio.

Yo le dije que insistiera aún una vez más y, entretanto, me puse a encomendarla a Monseñor Escrivá de Balaguer. Le dije que él, que había amado tanto la Eucaristía, no podía permitir aquella ofensa al Señor, y que el Jueves Santo era el día ideal para enseñarle a tratar bien a Dios en el Santo Sacramento.

Contra toda lógica humana, vi que aquella persona se acercaba al confesionario con la disposición de cambiar de conducta.

A. R., de París (Francia)

Recibí una llamada telefónica de mi hermana, que lloraba desesperada por su situación familiar, muy crítica. Decidimos acudir a Mons. Escrivá de Balaguer, para que concediese la paz a esta familia. Después de tres días, la situación estaba resuelta y ahora viven en perfecta armonía.

X. X., de Roma (Italia)

Pedí mucho a Mons. Escrivá de Balaguer la conversión de una persona, que había perdido la fe leyendo libros erróneos. A los pocos días hizo un curso de retiro y se convirtió.

J. M. G., de Washington (USA)

Por intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer, mi suegro murió habiendo comulgado semanalmente, después de haber estado sesenta años alejado de la Iglesia, sin recibir los Sacramentos durante todos esos años.

La noticia de que había recibido los Santos Sacramentos nos llegó el día 9 de enero, cumpleaños de Mons. Escrivá, después de que la carta, extraviada, había tardado tres meses en llegar de California a La Paz.

V. de W., de La Paz (Bolivia)

Tengo unos sobrinos gemelos, de cinco años, y no les bautizaban, porque el padre es de ideas erróneas y decía que se les bautizará cuando ellos lo pidan, y no había quién le hiciera cambiar de ideas.

Comencé a pedirle a Mons. Escrivá de Balaguer y a rezar la oración por este bautizo; no pasó mucho tiempo, cuando me llamaron para decirme que en esta semana los bautizaban.

L. D., de Quito (Ecuador)

Según indica la nota al pie de la estampa de Monseñor Escrivá de Balaguer, escribo esta comunicación por los muchos favores que he recibido mediante su intercesión.

El primero y principal es que yo hacía siete años que no recibía sacramentos y, después de rezar la oración de la estampa, me encontré capaz de ir a confesarme. Desde entonces, lo he hecho con regularidad.

W. O., de Ibadán (Nigeria)

Llevaba mucho tiempo buscando trabajo como profesora de enseñanza media. En esta situación recibí una estampa de Mons. Escrivá de Balaguer y empecé una novena.

A pesar de las dificultades que había, conseguí trabajo fijo en un Colegio, precisamente en la disciplina más adecuada para mí y con la posibilidad abierta de alcanzar un alto nivel profesional.

M. M., de Dublín (Irlanda)

Una amiga mía sufría una crisis renal y tenía que someterse a una arriesgada operación quirúrgica. Le di una estampa de Mons. Escrivá de Balaguer, y le recomendé que pidiese a Dios su intercesión para que se evitase la operación. Cuando fui a visitarla el día siguiente la encontré muy contenta: había echado el cálculo renal, espontáneamente, aquella misma mañana, después de haber rezado con mucha fe la oración para la devoción privada al Fundador del Opus Dei.

M. H. S. L. R., de San José de los Campos (Brasil)

Un día me di cuenta de que el daño estaba hecho: uno de mis hijos se alejaba de la fe y de nosotros. Unas amistades le habían llevado insensiblemente a abrazar las enseñanzas de una determinada secta. Mi marido y yo estábamos asombrados, y sentíamos el dolor profundo de ver que algo importante y vital se nos había escapado en nuestro trato con aquel chico.

En esta situación hicimos una novena a Mons. Escrivá de Balaguer, y el Señor quiso oír las súplicas de una madre: apenas dos semanas después de terminar la novena, mi hijo buscó a un sacerdote, se confesó con él y comulgó, después de estar casi tres años sin recibir sacramentos.

G. T. C., de Manila (Filipinas)

Un hijo mío de diez años amaneció un día con fiebre y comenzó a tener convulsiones. Lo llevamos a la Posta Médica, y después lo trasladaron a un hospital de Lima. Estuvo tres días en la sala de emergencias, y nos comunicaron que su estado era muy grave. Me dieron entonces a firmar una autorización para hacerle un análisis en la médula. Se llegó al diagnóstico de encefalitis. Los médicos me dijeron que no sabían cuándo recobraría el conocimiento, y que tampoco sabían si después quedaría bien.

Yo le rezaba a Dios por medio de Mons. Escrivá de Balaguer, y le pedía que hiciese un milagro y que mi hijo quedara sano y hablase sin dificultad.

Así ha sido, y yo estoy muy agradecida a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. El Señor ha hecho el milagro de que mi hijito quedara sano y salvo. Aún sigue un tratamiento, porque el doctor dice que lo debe controlar durante tres años, pero ya se puede decir que está sano.

E. M. de S., de San Mateo (Perú)

Mi segundo hijo sufrió una afección pulmonar, cuando estaba sometido a tratamiento por otra enfermedad, y se puso a las puertas de la muerte. Encomendamos su salud a la Virgen, y rezamos con fe la oración para la devoción privada a Mons. Escrivá de Balaguer. Fue como un milagro: desde ese momento empezó a recuperarse, y el especialista que lo trata está asombrado de su recuperación.

E. M.-G., de Eiken (Suiza)

A una amiga, que tenía su marido en un hospital en estado crítico, le hablé de Mons. Escrivá de Balaguer y quedamos en hacer una novena. Al cabo de pocos días fui a visitarla, y estaba muy contenta porque su marido había mejorado mucho.

El enfermo pudo volver a su casa justamente el último día de la novena.

I. M. de S. A., de Lisboa (Portugal)

Por un cambio precipitado de trabajo, me encontré sin empleo. Pedí entonces a Mons. Escrivá de Balaguer que me ayudase y, en pocas semanas, a pesar de la pésima situación laboral, he encontrado el trabajo adecuado.

J. G. de Essen (Alemania)

Agradecemos las numerosísimas cartas que nos llegan. Son testimonio de la devoción privada con que tantas personas, en todo el mundo, rezan a Dios Nuestro Señor, poniendo por intercesor a Mons. Escrivá de Balaguer. Aquí reproducimos solamente, por exigencias de espacio, párrafos de algunas, que refieren sucesos importantes o anécdotas sencillas.

También agradecemos —ante la imposibilidad de hacerlo nominalmente— las limosnas que nos mandan para colaborar en los gastos de edición y distribución de esta *Hoja informativa*, y para ayudar al desarrollo de las obras apostólicas promovidas por el amor a las almas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

OBRAS PUBLICADAS DE MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER

Camino

«Monseñor Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan directamente también los breves párrafos que, como verso desgranado pero completo, forman el CAMINO..., en el que no aparece la rigidez suspicaz de un "código", sino, al contrario, la fraterna y ardiente indulgencia del Autor, la paterna solicitud con que ve, comprende, corrige, persuadiendo y no amenazando» (De *L'Osservatore Romano*, 24-III-1950).

La primera edición de este libro se publicó en febrero de 1934 (Cuenca, Imprenta Moderna), con el título de *Consideraciones Espirituales*. Desde entonces, las ediciones se han ido multiplicando cada vez más rápidamente, alcanzando el número de 152 ediciones, en 34 idiomas, y 2.775.650 ejemplares.

Santo Rosario

Libro de meditaciones sobre cada uno de los 15 misterios de la vida de Cristo y de la Virgen que se contemplan al rezar el Santo Rosario.

La primera edición se publicó también en 1934. Desde entonces, han aparecido 46 ediciones, en 11 idiomas, y 252.100 ejemplares.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer

Varios periódicos y revistas dirigieron preguntas concretas a Mons. Escrivá de Balaguer, afrontando los temas de mayor importancia para los respectivos lectores. Mons. Escrivá de Balaguer contestó, por escrito y exhaustivamente, a las preguntas que se le habían formulado. En este libro se recoge el texto completo de aquellas entrevistas.

La primera edición apareció en 1968. Desde entonces, se han publicado 29 ediciones, en 7 idiomas, y 241.730 ejemplares.

Es Cristo que pasa

El libro recoge algunas de las muchas homilias pronunciadas por Mons. Escrivá de Balaguer a lo largo de su vida. Constituyen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y la vida cristianas. En la forma se aúnan la profundidad teológica y la claridad expositiva.

La primera edición de este libro se publicó en marzo de 1973. Han aparecido ya 33 ediciones, en 8 idiomas, y 234.900 ejemplares.

Amigos de Dios

Recopilación de otras 18 homilias, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su coloquio amistoso con Dios. El libro, con el mismo estilo íntimo y directo del otro tomo de homilias, ha sido publicado en 1977 y actualmente han aparecido ya 7 ediciones en varios idiomas.

El volumen va precedido de un prólogo del Revmo. D. Álvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei.

La Abadesa de las Huelgas

Estudio teológico-jurídico. Una investigación penetrante —realizada a partir de las fuentes y documentos originales—, sobre un caso extraordinario de jurisdicción cuasi-episcopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés.

La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974.

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, que concediste a tu siervo Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor; dignate glorificar a tu siervo Josemaría, y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que con esta *Hoja informativa* en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que la oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Esta *Hoja informativa* se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición y envío de esta publicación, pueden mandar esos donativos a la *Vicepostulación del Opus Dei en España*, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 882000-9 del Banco de Vizcaya, Agencia Urbana de la calle de Velázquez, 97, Madrid-6.

Agradeceremos a nuestros lectores que nos remitan los nombres y las señas de las personas a las que piensen que les agrada recibir esta *Hoja informativa* o estampas con la oración para la devoción privada.